

miento nacional que arrojó a los árabes en los brazos de los alidas. Estas comarcas fueron las últimas sometidas al Islam, y en ellas se conservaron, asimismo, mas puras las creencias y las costumbres persas. Con entusiasmo se alzaron respondiendo al llamamiento de Abu Muslim, para sacudir el odioso yugo de los árabes. Los abasidas se apoderaron del trono y Abu Muslim fué sacrificado á su ingratitud, pero el Islam no cesó de imponer á la poblacion como culto oficial sus áridas formas rituales, á manera de reglamento de ejercicio militar, ni se descuidó en entregar los venerandos templos del Fuego del antiguo Iran al desprecio y á la profanacion de traidores apóstatas, de los muchos que deshonraban el santo suelo de la patria. El descontento y la irritacion se propagaron, pues, extensamente por el Corasan, la Media y la Persia.

Tambien en otras provincias, y especialmente en los valles de difícil acceso de las tierras altas del Aderbidyan, donde aun en tiempos posteriores existian bastantes templos del Fuego, se conservaban las antiguas doctrinas de Zoroastro y de otros maestros de la antigüedad, y se esperaba con anhelo la hora de la liberacion. Si por una parte se consolidaba allí mas y mas el Islam, por otra, en los movimientos de aquellos países la idea nacional revestía aspecto religioso; los rebeldes no se alzaban contra los árabes, sino contra los musulimes, y sus caudillos se presentaban mas frecuentemente como fundadores de religion que como príncipes mundanos. Desgraciadamente habia tambien persas en Bagdad y por añadidura en elevados puestos; y contra éstos que, á lo menos en la apariencia, se habian convertido al Islam, iba dirigida la oposicion, no menos que contra los mismos abasidas. No habia lugar allí tampoco para los alidas, que eran tan árabes y musulimes como los otros y por lo mismo impropios para jefes de partido tan extremo. En cambio estaba en la misma naturaleza de las cosas que las sectas que se desarrollaron al calor de aquellas aspiraciones, se inclinaron á todo género de extravagancias, así en la doctrina como en la práctica. Un culto nacional y oficial no tiene, frente á una propaganda tambien oficial, ni la mitad de las condiciones de resistencia que son propias de herejes perseguidos y en parte constreñidos á conciliábulos y ligas misteriosas; así los adeptos de la doctrina de Zoroastro, que constituía la religion del Estado de la antigua Persia, fueron mas accesibles al Islam que los *masdakitas*, representantes de un peculiar comunismo religioso, que en tiempo de los sasanidas, en el año 528 ó 529, habian sido condenados, por razones de Estado, como impíos heterodoxos. Bajo la terrible persecucion que se desencadenó contra ellos en aquella época, no dieron señales aparentes de vida, pero no dejaron por eso de agitarse en secreto durante siglo y medio. No menos numerosos eran en todas partes los adeptos de la doctrina *budista* de la encarnacion de la Divinidad en reyes y fundadores de religiones. Todos éstos habian hecho causa comun con los siitas durante el califato de los omniadas y adheriéndose luego á la propaganda de Abu Muslim, el cual, para serles grato, mandó predicar la encarnacion de Dios en la familia del Profeta, y debian manifestarse dispuestos á todo género de peligrosas demostraciones cuando luego la realidad no correspondió á las esperanzas concebidas.

Durante los primeros dos años aguardaron tranquilamente, así los adeptos de Zoroastro como los *masdakitas* y los budistas, á que se realizaran las hermosas perspectivas que les habian hecho entrever los emisarios de los haschimitas. Mas nada lograron. Cuando luego fué público el asesinato de Abu Muslim, y aun en el mismo año (137 = 755), Sumbadh, correligionario declarado de Zoroastro, de la comarca de Nischapur, en el Corasan, y el cual jamás habia querido

convertirse al Islam, se sublevó el primero al grito de venganza por la sangre derramada del primer hombre de la Persia. La rebelion se extendió con rapidez por una parte del Corasan, y especialmente hácia Rei y la Media; quedó, sin embargo, vencida en un sangriento combate delante de Hamadan que costó la vida al mismo Sumbadh. Pocos años despues vino tambien el rompimiento entre los partidarios de la doctrina de la encarnacion y los abasidas. En 141 (758) se presentaron en torno del palacio de El-Mansur, en Haschimiya, numerosos grupos de persas procedentes del Corasan que habian ido para ver de cerca el nuevo soberano; se les oía hablar de éste como de su Dios y designar á dos jefes militares del califa como Adan y el ángel Gabriel: mezcla de conceptos islamitas con la doctrina de la encarnacion, que era frecuente entre los siitas mas exaltados, pero aplicada en este caso por antiguos camaradas de Abu Muslim á los que estaban en el poder á la sazón. Por mas halagüeñas que fueran en sí estas manifestaciones, El-Mansur comprendió en el acto que no era posible tolerar semejante desvarío de sectarios sin escandalizar á todas las personas sensatas, con cuyo apoyo le convenia contar. Mandó prender á los que mas vociferaban, y cuando sus camaradas, serian unos quinientos ó algo mas, asaltaron la cárcel y pasaron con los que acababan de libertar por delante del palacio en actitud tumultuosa, fueron todos allí mismo acuchillados por orden del califa. Con esto se rompieron las hostilidades entre los abasidas y el partido nacional persa anti-islamita. Cierta que un alzamiento promovido aquel mismo año ó al siguiente (142 = 759) en el Corasan por el lugarteniente que habia sido hasta allí de esta provincia, Abd El-Schabbar, no tuvo relacion alguna con aquellos sucesos, y no fué mas que una insubordinacion que contribuyeron á reprimir sus mismos súbditos, harto vejados por él; pero en 150 (767) se rebeló un persa llamado Ustazis, dándose carácter de profeta segun se refiere, en las inmediaciones de Herat, y en breve tiempo llevó la agitacion á grandes comarcas vecinas, de tal modo que se calculó en 300,000 el número de sus partidarios armados. No sin trabajo logró vencerle Khasim Ibn Khoseima, segun toda probabilidad solo en 151 (768), y aun debió de quedar todavía en condiciones de prolongar su resistencia, pues que se creyó conveniente concederle una capitulacion bastante favorable.

Desde la muerte de El-Mansur se reprodujeron en manera alarmante estos movimientos. En el año 161 (778) se alzó, en los confines del Nordeste, Atá, persa de Merw, que habia sido secretario de Abu Muslim y que de nuevo proclamó la doctrina de la encarnacion. Era natural que se pretendiera que Abu Muslim y él mismo eran los últimos en quienes se habia encarnado la divinidad, y probablemente para ocultar la sublime aparicion á los ojos de la profana muchedumbre (1), no se presentaba sino cubierto con un velo de oro, lo que originó el sobrenombre que se le dió: *El-Mokanna*, «el velado.» Su residencia habitual era el castillo de Sanam, cerca de Kesch, en la Transoxania; desde allí se propagó la rebelion por toda la provincia, mientras que en el vecino Corasan otros rebeldes, á los cuales se califica de *haruritas* (2), se hacian dueños tambien con gran rapidez de ex-

(1) La version mas usual de que era demasiado feo para atreverse á dejar ver su cara, no es mas que una invencion intencionada, seguramente. Tomás Moore le ha convertido en héroe de su: *Veiled Prophet of Khorassan* (Lalla Rookh, parte I). Tambien usaba velo El-Mubarka, notorio rebelde de la época de Motasim (véase mas adelante).

(2) O sea jaridschitas. Así en este caso como en muchos otros parece que los historiadores han aplicado este nombre, sin atender á la conexión histórica, á revolucionarios de carácter vario, en general, que no podian ser atribuidos á los bandos mas conocidos, como los siitas, khurramitas, etc.

tenos territorios. Varios generales de El-Mahdi fueron derrotados por Mokanna, y solo en el año 163 (780), despues que Yezid Ibn Masyad hubo vencido á los haruritas, logró Sa'id El-Harischi reducir al singular profeta. Cada dia mas estrechado, vióse éste, por último, constreñido á encerrarse en su castillo de Sanam; y cuando ya no pudo prolongar mas la resistencia, se envenenó juntamente con sus mujeres y amigos leales, sepultándose bajo las ruinas del edificio, al cual habia prendido fuego en el postrer momento (163 = 780). Ya en el año anterior habia estallado en el Gorgan, no menos constantemente perturbado que el antiguo Tabaristan, otra revolucion, fomentada por las tendencias comunistas de los *maskaditas*. Dominada entonces, se reprodujo luego, en tiempos de Harun (180 = 797), con tal fuerza, que duró cerca de dos años. La pertinacia con que se repetian continuamente estos movimientos heterodoxos debió demostrar al gobierno la necesidad de atacar el mal en su raíz. Esta no podia hallarse sino en la secreta propagacion de ideas paganas, que, en parte, bajo la máscara de la misma confesion islamita, se encontraban todavía muy extendidas en casi todas las comarcas orientales. *Masdakitas* en el Aderbidyan y en las provincias caspias; adeptos de Zoroastro, contaminados de buddismo, en el Corasan; maniqueos y sectas afines en la Mesopotamia, particularmente en Harran y sus alrededores, en los pantanos de la tierra meridional del Eufrates y hasta mas allá de Basora en el interior del Chusistan, todos estaban animados de igual aversion contra la verdadera fe, por mas que sus varias doctrinas difirieran entre sí en mas de un concepto. Eran tanto mas peligrosos semejantes principios cuanto que podian propagarse entre los árabes que estuviesen inficionados de ideas de libre investigacion, hecho lamentado ya repetidas veces desde la época de El-Mansur. Comprendiéndose á todos estos infiles y herejes bajo el nombre persa *Sendik*, que significaba primitivamente «hechicero» (1) y, segun es probable, se aplicó ya en tiempos de los sasanidas á toda clase de herejes. El-Mansur habia mandado ya ajusticiar, bajo la acusacion de *sendikismo*, á algunos personajes molestos, como, por ejemplo, á Ibn El-Mokaffa; en el califato del Mahdi, y á consecuencia de la rebelion de Mokanna, se reglamentó el procedimiento, siendo perseguido todo *sendik* como reo de alta traicion; y en el año 167 (783-784) fué nombrado un inquisidor general, con el título de «maestro de los *sendik*,» encargado de descubrir y castigar á los libre-pensadores.

Los teólogos motasílicos, que debian tener interés, á causa de los ortodoxos, en evitar toda apariencia de relacion entre su propio racionalismo y las teorías de los libre-pensadores ateos, no eran los menos celosos en estas persecuciones, cuyos efectos, como era natural, fueron contraproducentes. Solo se consiguió relegar las opiniones peligrosas para el Estado á un secreto, en el cual siguieron floreciendo con mayor lozania. Si la infame delacion, inseparable de todo despotismo, ya venga de arriba, ya de abajo, encontró en la acusacion de herejía un medio, siempre cómodo y raras veces ineficaz, para deshacerse de enemigos personales ó adversarios políticos, en cambio la muerte afrentosa de tantos hombres, en su mayor parte de intachable carácter y muchos insignes bajo todos conceptos, no produjo otro resultado sino intimidar á las clases mas inteligentes de la poblacion, mientras que en secreto se fomentaba con creciente ardor la excitacion de las incultas; y las violentas explosiones de las corrientes revolucionarias se reprodujeron con mayor fuerza todavía despues de corto intervalo (aproximadamente

(1) J. Darmesteter, en el *Journal asiatique*, VIII série, tomo III, págs. 562 y siguientes.

de 168 á 178 = 784-794). En el Corasan, Tabaristan y otras comarcas de la Persia ocurrieron levantamientos en 166 (782-783), 180-181 (796-797); en Gorgan, 183 (799), 184 (800) y 185 (801); y en 192 (808) las revueltas de carácter *masdakita* en el Aderbidyan fueron preludio de las grandes guerras civiles que en los reinados siguientes asolaron durante veintidos años esta comarca y las provincias contiguas.

Si la gestion gubernativa de los barmecidas logró hacer frente, aunque no sin esfuerzos, á tamañas dificultades, en cambio el gobierno absoluto de Harun solo contribuyó á aumentar el mal. Hasta allí los territorios del Este habian sido administrados debidamente, cuando menos en lo esencial; en la visita que hizo Fadl al Corasan, en 178 (794), adoptó varias disposiciones que contribuyeron á demostrar de un modo satisfactorio la solicitud de los gobernantes por aquellas comarcas; y las revueltas posteriores se habian desarrollado en todos casos dentro de límites relativamente reducidos. Pero, despues de la caida de los barmecidas, el lugarteniente del Corasan, Isa Ibn Alí, empezó á saquear tan escandalosamente la provincia que le habia sido confiada que ya en 189 (805) se recibieron amargas quejas en Bagdad; y Harun, en el viaje de inspeccion que con muy buen acuerdo hizo á las provincias orientales, fué bastante incauto para dejarse ofuscar de manera inexcusable por Isa, que habia acudido á Rei para recibirle, con lisonjas y una parte de la rapiña, ofrecida bajo la forma de regio presente. Así, cuando en 190 (806), Rafi Ibn Leith, nieto del antiguo lugarteniente de los omniadas, Nasr Ibn Seiyar, mató por venganza personal al sublugarteniente de Samarcanda, el mismo pueblo al cual habia vejado tanto nombró á Rafi su caudillo. Rafi, ayudado por las tribus turcas, derrotó dos veces á Isa, el cual en la segunda derrota perdió la vida (191 = 807). Su hijo Alí, que se presentó luego como campeón suyo, fué hábilmente puesto fuera de combate por Harthama Ibn A'ayan, á quien el airado califa habia hecho marchar al Corasan. El leal servidor de Harun prometió al pueblo mejor administracion en lo sucesivo, pero Rafi seguia entretanto dueño de la Transoxania, y las cosas tomaban aspecto tan grave que el monarca creyó necesario ponerse en campaña personalmente contra el rebelde. Haciéndose preceder en Merw por su hijo mayor Ma'amun, marchó despues con el grueso del ejército, y habia llegado ya hasta Tus (junto al actual Meschhed, en el Corasan) cuando fué atacado de enfermedad aguda (2), á la que no pudo resistir su constitucion, prematuramente gastada por una vida licenciosa. Murió teniendo apenas 45 años de edad (3), el dia 3 de Schumada II de 193 (24 de marzo de 809), no sin sentir la angustia de verse rodeado de espías de sus dos hijos, cuyos egoistas manejos amagaban desde luego perturbar la sucesion al trono y producir gravísimos peligros contra la seguridad del imperio. Fué culpa del mismo príncipe, tan injustamente ensalzado, si estos peligros se realizaron muy pronto de la manera mas desastrosa.

Acaso no habria sido jamás posible lograr de un modo permanente el propósito de la política de El-Mansur y de los barmecidas: unir á árabes y persas en incondicional accion comun. En proseguir, sin embargo, esta política estribaba la única posibilidad de mantener en amigable consorcio á ambas naciones bajo un mismo cetro; y es una prueba evi-

(2) Desconocemos su carácter, siendo contradictorios los datos que tenemos acerca de sus síntomas. Algunos pretenden que su médico, el cristiano Gabriel, le envenenó, instigado á ello por Emin, pero el hecho no está probado y me parece infundado, porque no corresponde al carácter de este último, jóven sentimental y de vida alegre.

(3) Segun otros, 47.

dente de la absoluta incapacidad política de Harun El-Raschid el que consintiera con sobrada ligereza que intrigas de harem destruyesen esta posibilidad. Harun tenía tres hijos, Mohammed, Abdallah y Kasim, que podían aspirar á la sucesión. Abdallah era el mayor, pero tuvo por madre á una esclava persa, lo cual, si no constituía un defecto ante la ley debía serlo para la esposa legítima, la tan mentada Zobeida de *Las Mil y una Noches*. Esta dominó á Harun por completo durante largo tiempo, y para complacerla había dispuesto en el año 173 (789) ó 175 (791), que se prestase homenaje como príncipe heredero, bajo el nombre de *El Emin*, «el fiado,» á su hijo Mohammed, menor que Abdallah en pocos meses. Según disposición posterior (183=799) debía sucederle Abdallah, con el título de *El-Ma'amun*, sinónimo también de «fiado,» «leal,» «seguro.» Entretanto el primero obtuvo, como lugarteniente general, el Irak y la Siria, y el último la Media y las provincias del Este, mientras que Kasim recibía en 186 (802), como tercer sucesor al trono, el nombre de *El-Ma'taman* (significado parecido á los anteriores) y el gobierno de la Mesopotamia y de las «defensas.» Poco antes de la caída de los barmecidas (186=802) mandó sancionar Harun esta división del imperio, que recuerda la de su coetáneo Luis el Piadoso, por medio de dos actas, de las cuales una excluía expresamente á Emin de la sucesión al trono si intentaba cercenar á Ma'amun los derechos que le correspondían, y en la otra se obligaba este último solemnemente á guardar fidelidad á su hermano y señor soberano. Ambos documentos fueron depositados, para mayor veneración de su contenido, en la Ka'aba en la Meca. Ignoramos lo que opinaron de estas disposiciones los barmecidas, que á la sazón ocupaban todavía el poder; acaso considerarían peligroso oponerse abiertamente á las intrigas de los príncipes y de sus allegados, y esperarían que su preponderancia sobreviviera á futuras contingencias, como había sucedido en otro tiempo en el califato de Hadi, y poder conservar en lo principal la dirección de los negocios. Su caída privó á los príncipes rivales de toda influencia neutral que pudiese mantener el equilibrio y mediar entre ellos, pues no era ninguna nueva garantía la tercera repetición del acto de acatamiento y homenaje, dispuesta en el año 189 (805). De todos modos, la división entre las provincias persas y las arábicas del Irak rompía la unidad del imperio; y aun cuando Emin y Ma'amun observasen estrictamente el nuevo pacto, la independencia á que debía acostumbrarse la Persia bajo una prolongada administración particular era demasiado grande para que pudiese ser contrarestanda de nuevo posteriormente. Era, sin embargo, evidente que dadas las malas relaciones existentes entre los dos sucesores al trono, una situación que á pesar de la mejor voluntad había sido ya tirante de suyo, debía resultar desde luego insostenible. Hasta qué punto coincidía el antagonismo entre unos y otros personajes con el que existía entre las nacionalidades, nos lo demuestra el hecho de que el camarero de Harun, preconizador de Emin, Fadl Ibn Rabí, era adicto á los intereses árabes, mientras que Fadl Ibn Sahl, el hombre de confianza de Ma'amun, hijo éste de la esclava persa, era un partidario de las doctrinas de Zoroastro, que solo en el año 190 (806), apadrinado por su protector, se había convertido oficialmente al islamismo. Sus consejos fueron los que incitaron al príncipe, que tenía entonces (193=809) 22 años de edad, á pedir á Harun que le permitiera acompañarle al Corasan, donde á todo evento se hallaba en territorio persa.

Erán dos hermanos muy desiguales, —no había para qué tomar en cuenta al todavía adolescente Kasim,—los que se encontraron frente á frente en tan resbaladizo terreno cuan-

do falleció Harun. Emin era un joven de costumbres ligeras y aficiones poéticas, caprichoso y bastante irreflexivo, á pesar de la natural altivez de monarca, mientras que Ma'amun poseía un temperamento frío y calculador, con una inteligencia muy bien organizada; tomaba grande interés por las ciencias especulativas y exactas, y hasta en su poca escrupulosidad de conciencia, verdaderamente abasida, tenía, como su bisabuelo El-Mansur, algo que infundía respeto. Entre tanto que Emin procedía sin ambages á invalidar abiertamente el testamento de su padre, el más cauto hermano se contentaba con que su fiel Fadl hiciera en secreto propaganda en su favor entre los persas, y aguardaba en actitud aparentemente correcta que Emin atropellara con toda evidencia sus derechos. El nuevo califa, cuyo reinado alcanza nominalmente desde 193 (809) hasta su muerte, acaecida á principios de 198 (813), dispuso ante todo que regresase á Bagdad el ejército que su padre Raschid se había llevado de allí; y Ma'amun, quien al recibir la noticia de la muerte de su padre había marchado de Merw á Tus y prestado en este lugar homenaje á su hermano con la mayor espontaneidad, no intentó en manera alguna impedirlo, pues sabía que en último caso podía contar con Harthama y el ejército del Corasan. El veterano general de Harun, que en vida de éste se había mantenido apartado de toda cuestión é intriga política y era ante todo un fiel servidor de su soberano, aprovechó el resto del año 193 (mediados de 809) para combatir á Rafi en la Transoxania, al cual rechazó hasta la ciudadela de Samarcanda, sitiándole allí, apoyado por su teniente Tahir Ibn El-Husein, natural de la Persia. Entretanto el desdichado califa se dejaba excitar cada día más contra su hermano por Fadl Ibn Rabí, y ya en el año 194 (810) apareció un decreto disponiendo que en adelante se hiciera preceder en la oración del viernes al nombre de Ma'amun el del niño Muza, hijo de Emin, lo que venía á significar que se reconociese á éste, en contravención á la última voluntad del Raschid, como sucesor al trono antes que aquel. Ma'amun, ciertamente muy satisfecho de que Emin hubiese invalidado su derecho al califato con esta infracción de las cláusulas del testamento, contestó suprimiendo el servicio de correos entre Merw y Bagdad, concediendo á Rafi una capitulación honrosa, lo cual le ganó todos los corazones en la Transoxania (principios de 194=fin de 809), mandando acuñar moneda propia y asumiendo el título, calculado para congraciarse á los siitas más moderados de la Persia, de *Imam El Hoda*, «Iman de la (divina) dirección» (195=810). Al mismo tiempo, se proporcionó inteligencias hasta en la misma Bagdad y no perdonó esfuerzo para ganar en todas partes la opinión á favor suyo, sirviéndole para ello en gran manera la manifiesta infracción del pacto cometida por su menos hipócrita hermano.

Poco le valió á Emin que en 195 (principios de 811) proclamara solemnemente la destitución definitiva de su rival, ni que entregara al ejército enviado poco después al Este una cadena de plata con que aprisionarle. Es testimonio poco favorable de la previsión del califa, ó más bien de su consejero Fadl Ibn Rabí, que dieran crédito á las seguridades de Ali Ibn Isa de que todo el Corasan abandonaría al Ma'amun tan pronto como él se presentase allí, y que pusieran á este hombre vano y jactancioso al frente de las tropas expedicionarias. Ali logró de tal modo desmembrar su ejército durante la marcha que solo tenía consigo 10,000 hombres cuando Tahir, que como comandante de la guarnición de Rei fué el primero en cerrarle el paso, cayó de improviso sobre él con 4,000 soldados. En la reñida lucha que se siguió, dejó la vida Ali, emprendiendo luego sus tropas la fuga. No tuvo mejor suerte un segundo ejército de veinte

mil hombres, enviado de Bagdad, el cual fué derrotado en Hamadan y aniquilado después del desleal rompimiento de la tregua concedida por Tahir (fin de 195=811). Estaba perdida, pues, toda la Media hasta Holwan, y aunque marchó otra expedición de 40,000 hombres, no había buena armonía entre los árabes y los soldados de origen persa, de que se componía en partes iguales el ejército, y los emisarios de Tahir supieron sembrar el descontento en el campamento de Khanikin. Con esto se suscitaron peligrosas colisiones, y en tumulto y escándalo regresaron á la capital las mal disciplinadas huestes (196=fin de 811). Habíase esperado todavía cambiar el aspecto de la situación mandando acudir refuerzos de la Siria, pero desde el principio de la guerra civil estaban otra vez en continua brega los de Keis y los de Kelb en Damasco y sus contornos; y cuando por fin se logró llevar de allí á Rakka, junto al Eufrates, unos pocos miles de árabes, promovieron éstos un conflicto con algunas tropas persas que procedentes de Bagdad se encontraban en aquellas cercanías; resultó una batalla campal, y los sirios tuvieron que regresar á su país. Todo dependía precisamente en el Irak del equilibrio entre ambos pueblos, y tan pronto como éste desapareciese se debía desmoronar todo el organismo del Estado cayendo en un verdadero caos, y no menos en la capital que en las provincias. Como sabemos, la capital tenía una guarnición mitad árabe y mitad persa, y ambas nacionalidades se pusieron también á la sazón en pugna. Las tropas procedentes del Corasan, que el barmecida Fadl había organizado en el año 178 (794) con destino á Bagdad, seguramente para robustecer la influencia persa en la misma sede del gobierno, se rebelaron contra el desdichado califa (11 Redscheb 196=28 de marzo de 812), y aunque fué sofocado este movimiento, la confusión siguió cada día en aumento en torno de Emin. Entretanto ya se acercaban por dos lados los ejércitos de Ma'amun. Tahir, después de los sucesos de Khanikin, había torcido en dirección al Sur, mientras que Harthama, el cual después de roto el pacto por Emin no podía menos de ponerse del lado de Ma'amun, avanzaba con otras huestes hacia la capital por Holwan. Tahir se había apoderado sin gran esfuerzo del Chusistan y procedido desde Ahwas á la sumisión de Basora y Kufa, pues en aquel malhadado mes de Redscheb todo el mundo abandonó al infeliz monarca.

Los árabes en sus provincias no fueron bastante perspicaces para ver que se estaba jugando el resto de su influencia política, y antes de terminar el citado mes (abril de 812), las ciudades santas habían prestado homenaje al Ma'amun, cuando ya se había sometido toda la Arabia oriental sin hacer la menor resistencia. Por el mismo tiempo se encontraba ya Tahir en Madain, y hacia fines de año sus tropas y las de Harthama sitiaban á Bagdad. Durante el resto del mismo año y todo el siguiente (197=812-813) se suceden las peleas entre las tropas de los hermanos rivales, entre persas y árabes, soldados y habitantes exaltados de la capital, como también las intrigas y deslealtades de todo género. Hubo un momento en que Emin, sacrificando su tesoro, consiguió atraer á su campo una parte de las tropas de Tahir (fin de 196=812); pero muy pronto se rebelaron éstas de nuevo contra él, y á la larga pudieron mas las promesas del general persa, harto corroboradas por la fuerza de los hechos. La verdad es que no había en parte alguna verdadera adhesión á la dinastía. Las rivalidades por el trono, las continuas retractaciones de juramentos solemnemente prestados, las dádivas de dinero con que en tales circunstancias se procuraba conservar las buenas disposiciones del ejército, habían acostumbrado desde mucho tiempo á los oficiales y empleados á no mirar más que sus intereses personales; y en vano buscaríamos otro

ejemplo de desinteresada lealtad como el que, solo inútilmente, daba todavía el anciano Harthama á aquella degenerada raza. La población de Bagdad, que se contaba por centenares de miles, parece que debería haber tenido tanto mayor motivo para defender al gobierno cuanto que solo á éste debía el esplendor de su ciudad; mas la vida sensual en aquel gran centro la había afeminado, y era cobarde ante el fuerte, rebelde y provocadora ante el débil; y cuando el califa, para remediar la escasez del numerario, cada día mayor, empezó á poner á contribución á los más pudientes, la indignación y el encono exaltaron los ánimos. El verdadero autor de la catástrofe, Fadl Ibn Rabí, ya había desaparecido después de la sublevación de las tropas del Corasan, y á la sazón también los oficiales de Emin se iban presentando uno tras otro en el campamento de Tahir. El ambicioso persa se había propuesto hacer de la ruina del desgraciado príncipe peldaño para llegar á su propia grandeza. Mientras Harthama cumplía á disgusto con su deber, haciendo armas contra el hijo de su difunto señor, Tahir se ocupaba sin descanso en acelerar la deserción de los jefes militares y otros funcionarios del califa, tomando por asalto uno tras otro los cuarteles de la capital. Esta padeció atrocemente, quedando barrios enteros reducidos á escombros, y mientras existió jamás volvió á alcanzar ni la extensión ni la pujanza de otro tiempo. Cuando, por último, reducido Emin al castillo de Hold, comenzaron á escasearle los víveres, entabló negociaciones para la capitulación con Harthama, con quien á lo menos estaba seguro de que no peligraba su vida. Dieron éstas por resultado que Harthama se obligó á ir de noche en un bote á buscar al califa en su palacio. Mas Tahir vigilaba, y sus gentes atacaron el bote y lo echaron á pique. Harthama y Emin se salvaron á nado, pero al tomar tierra fué apresado Emin por los espías de Tahir y muerto aquella misma noche por orden del persa (25 de Moharram de 198=25 de setiembre de 813) (1).

Ma'amun (198-218=813-833), pues, era ya dueño absoluto de la soberanía, á lo menos nominalmente; pero la confusión en que la malhadada guerra civil había sumido á todo el Occidente del imperio, no debía tener tan pronto término. Pasaron más de seis años hasta que el califa pudo hacer su entrada en la capital de sus Estados, habiendo tenido que valerse de toda la doblez y atrocidad de carácter de su raza para lograr dominar la rebelión general, desencadenada de nuevo por sus propios yerros, ó más bien los de su visir Fadl Ibn Sahl, cuyo influjo no fué mucho menos pernicioso que el de su tocayo, árabe, Fadl Ibn Rabí, en tiempo de Emin. Diríase que no conocía cosa más elevada é importante que proporcionar satisfacción á su odio de persa contra todo lo árabe; y el brillante éxito de sus consejos hasta entonces, era por demás natural que robusteciera la influencia que ejercía en el monarca, joven aun de veintiocho años. Pudo, por lo mismo, inducirle fácilmente á que permaneciera por el pronto en Merw, confiando la administración de las provincias occidentales á Hasan Ibn Sahl, hermano del visir. Mientras Tahir estaba ocupado castigando á algunos revoltosos en la Mesopotamia, logró Hasan en breve tiempo malquistarse de tal modo con los árabes, que difícilmente hubieran podido hallar los alidas ocasión más favorable para sublevar otra vez al pueblo contra la casa de Abbas. Abu's-Saraya, hombre de antecedentes dudosos, que había tomado parte en los combates en torno de Bagdad á favor del Ma'amun y sido licenciado después de terminada la lucha, ofreció sus servicios á un alida de Kufa, Moham-

(1) El cómputo de esta fecha, según Weil (*Historia de los Califas*, tomo II, pág. 164, nota 2), está confirmado por la fecha paralela siria (25 Elul) de Tabarí (tomo III, pág. 916, nota 15).